

## JOSE LUIS VEGA: EL POETA Y SU PASADO (Entrevista)

Recogida en poemarios con títulos sugerentes como *La naranja entera*, *Tiempo de bolero*, *Bajo los efectos de la poesía* y *Solo de pasión*. *Teoría del sueño*, la poesía de José Luis Vega es sobria pero expresiva, sentimental y lúcida, erótica y espiritual, erudita e intuitiva. Combina mundos y entornos disímiles, franquea fronteras, inaugura nuevas conjunciones.

Los contrastes van más allá de su escritura misma. El poeta es también un gran crítico, cuya antología del cuento puertorriqueño, *Reunión de espejos* (1983) resulta imprescindible. Ha fundado y dirigido dos revistas literarias y ha escrito reseñas y artículos en otras revistas y en periódicos. En el 1998 se estrenó como ensayista de sesgo memorialista con *Techo a dos aguas*.

Su proyección literaria tiene asimismo una contraparte profesional. José Luis Vega preside la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española y es Decano de Humanidades en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico.

CDH: *Has sido poeta, crítico, ensayista, ¿cómo te describirías preferentemente en términos de tu escritura?*

JLV: Me siento fundamentalmente poeta porque los únicos ensayos que he escrito son básicamente los que aparecen en *Techo a dos aguas*. Los otros son trabajos de crítica literaria: tienen que ver más con la profesión. Pero en ese libro los ensayos son más libres y literarios; constituyen otra manera de plantear las obsesiones y las preocupaciones vitales. Quizás ha sido una manera de poder decir cosas que no puedo decir en los poemas. Comparten con la lírica esa condición de la expresión directa sin la mediación de la ficción; sin la invención de la historia.

CDH: *Ciertamente que los ensayos de Techo a dos aguas tienen mucho de poesía en sus intuiciones y en la manera de formular impresiones y experiencias.*

JLV: Los escribí de manera arrebatada, como se puede escribir un poema. Empezaba a escribir y el ensayo iba fluyendo. Entre ellos hay algunos de naturaleza un poco narrativa, pero nunca he sentido la inclinación por fabricar anécdotas.

CDH: *¿Nunca te ha atraído la ficción?*

JLV: Nunca; nunca me he sentido autor de ficciones.

CDH: *Pero en tu poesía hay también narración, especialmente narración autobiográfica.*

JLV: Es que hay una conexión directa entre el modo narrativo y la experiencia biográfica o pseudo-biográfica porque en el proceso algo se falsifica siempre. No tengo problema con narrar; lo que no me interesa es inventar historias. Ese proceso de la construcción de las historias me parece una mediación para la que no creo estar dotado. Por otra parte, siento que el ensayo y el poema son parientes cercanos.

CDH: *Te diste a conocer como poeta con la revista Ventana. ¿Podrías hablar de esos orígenes?*

JLV: *Ventana* empezó en el 1972. Debo decir que fue idea mía. Me acompañaron en esa aventura Salvador Villanueva y Pedro Juan Domínguez Peña, que ha hecho una especie de mutis de la literatura. Son dos personas de gran intensidad y mucho talento.

CDH: *¿Fue el nacimiento de Ventana producto de una reacción contra el tono contestatario de la poesía de Guajana?*

JLV: En alguna medida sí; no era tanto una reacción ante *Guajana* sino que sentíamos la necesidad de abrir la poesía a otras inquietudes que no fueran exclusivamente las del testimonio político. Soy un poco menor que los poetas de *Guajana*; mi experiencia generacional no es exactamente igual a la de ellos.

CDH: *Ventana creó su propio espacio en aquel momento.*

JLV: Lo creó y los que estudian esos procesos le han reconocido retrospectivamente una importancia que a veces sorprende.

CDH: *¿Eras estudiante para ese momento?*

JLV: Sí, ya estaba haciendo la Maestría en Estudios Hispánicos en la UPR, Recinto de Río Piedras, cuando empezamos con *Ventana*. Luego seguí al Doctorado. Vendíamos la revista en los pasillos de la Facultad.

CDH: *A través de Ventana y a través de tus escritos posteriores en revistas y periódicos has llevado tu literatura y la de otros hacia ámbitos extra-universitarios. Ha sido, me parece, un intento de darle a la literatura una presencia en la sociedad.*

JLV: Siempre he buscado eso instintivamente; creo en el valor comunicante de la literatura. Pero también me he cuidado instintivamente de hacer concesiones a una literatura *light*, a unos temas que se ponen de moda. Cuando eso sucede resulta fácil cultivarlos y ganar acceso instantáneo a ciertos sectores. Yo he sido más bien rebelde. Cuando la política y lo social ejercían un

monopolio absoluto sobre los temas, yo decía otra cosa. Ahora que se suele hablar tanto de los estudios culturales y la posmodernidad, a mí me da con enfrentar de manera crítica lo que está de moda. A la vez, me doy cuenta de que he buscado la comunicación a través de revistas, a través del servicio en posiciones como la que ocupó ahora de Decano o en la Academia de la Lengua. No pienso que se oponen a lo que debe ser el poeta o el artista. He querido conciliar esa dimensión de utilidad y de comunicación que yo creo que la tiene también la literatura.

Cuando los cenáculos son muy estrechos, el código literario tiende a hacerse críptico porque el artista y el crítico escriben para las expectativas de ese cenáculo que maneja el lenguaje en clave. En la medida en que el artista tiene una actitud más abierta a la dimensión comunicativa, tiene que hacer ajustes en su escritura, en el código que emplea. Para mí es desolador que un lector me diga 'No entendí', porque siempre hago esfuerzos para que se me entienda. No me gusta que me lo digan.

CDH: *¿Cómo fue tu experiencia como director de la revista literaria Caribán?*

JLV: Empecé a hacer *Caribán* en complicidad con Francisco Vázquez, de la Editorial Cultural, que era quien financiaba la revista. Yo estaba totalmente convencido de que la literatura puertorriqueña había llegado a un nivel apreciable de madurez y que hacía falta una revista amplia que reflejara la calidad de la producción que se estaba dando. Estaban escribiendo Ana Lydia Vega, Magali García Ramis, los poetas de *Ventana*, la gente que había estado en *Zona de carga y descarga*. La aspiración de *Caribán* era que cada entrega diera una muestra de esa madurez que había alcanzado la literatura puertorriqueña.

Lo logró, creo, en los pocos números que salieron. No era una revista con editorial ni era una que quisiera adelantar la agenda de un grupo. Quería mostrar más bien la confluencia de varios grupos y tendencias. En el primer número hubo artículos de Luis Rafael Sánchez, de Rosario Ferré, de Ana Lydia Vega, de Juan Antonio Ramos. Pero mantener una revista literaria requiere un enorme esfuerzo, sobre todo cuando no se deriva satisfacción económica. Hay que recompensar al editor, porque el entusiasmo dura un año o dos y entonces muere.

CDH: *Has colaborado también en el periódico El Nuevo Día con reseñas y artículos y ensayos.*

JLV: *Techo a dos aguas* es producto de esa colaboración. Hay ciertas formas literarias que requieren de la posibilidad de publicarlas. La mayor parte de esos ensayos no los hubiera escrito para hacer lo que hago con los poemas, que los voy metiendo en una gaveta y los dejo allí. Esa otra escritura requiere que el lector sea un interlocutor directo; necesita llegar a un lector real. Sin ese contexto de publicación en el periódico yo no hubiera escrito esos ensayos.

Da una especie de vértigo, saber que quizás varios miles de personas van a leer lo que uno escribe. Implica también un nivel de responsabilidad.

CDH: *En tu proceso poético hay una gran intuición y también hay elaboración. ¿Cómo es la conjunción entre ambas cosas?*

JLV: Más que trabajar la poesía, yo tengo que esperar el momento en que viene la intuición fuerte del contenido. Siempre viene acompañada de la intuición de la forma. Es decir, que no se trata sólo de tener una idea e ir la esculpiendo, sino que esa idea no es eficaz hasta que no encuentra su propia forma. Eso, que está requete-dicho, es así en mi caso también. Casi siempre se me manifiesta un primer verso y ahí ya está todo. En ese primer verso está ya el ritmo, el tono. Entonces va saliendo lo demás. Sí aprendí que el poema no se puede distraer, que tiene que concentrarse en un solo efecto y que a veces hay que tener rigor para que el poema no siga ramificándose. Hay que podarlo. A veces escribo 30 versos y luego me doy cuenta de que el poema está en los primeros 15.

CDH: *¿Se puede hablar de una disciplina al escribir poesía?*

JLV: La poesía tiene una disciplina portátil. Lo digo en el sentido de que la puedes escribir en una cafetería, en medio de un tapón, dondequiera. Me imagino que la disciplina que tiene que tener el novelista es diferente porque tiene que escribir dos o tres horas todos los días.

CDH: *¿De dónde surgen las intuiciones?*

JVL: Lo que yo llamo intuición son unas ideas, son intuiciones abstractas. Para poderlas expresar, sin embargo, adquieren de momento una forma personal, biográfica, inmediata, aunque el poema no tenga una conexión directa con la realidad inmediata. Se trata de ideas abstractas de tipo ético y uno las va vinculando con experiencias concretas o aparentemente concretas.

CDH: *Te he considerado siempre el poeta de Santurce. Ese sector está muy presente en varios de tus poemarios.*

JVL: En el titulado *Tiempo de bolero* traté de recoger esa experiencia de Santurce. Me crié en la Parada 18, en lo que entonces era la avenida Labra, que hoy es la Roberto H. Todd. Mi padre era un pequeño comerciante y tenía su comercio en esa avenida. Tengo una experiencia fronteriza porque si caminaba hacia el norte, llegaba a los barrios; si caminaba hacia el sur, llegaba a las barriadas. Los barrios son las partes más señoriales de Santurce: el Condado, por ejemplo. Lo mismo me iba a Trastalleres a alquilar bicicletas que al Condado a pasear. Como hijo de don José, que era muy respetado, me movía cómodamente. Eso ha sido importante para mi manera de ser. Ahora me siento bien lo mismo en un cafetín jugando billar que en una reunión de académicos.

CDH: *La experiencia de Santurce en los años cincuenta fue muy rica, estimulante.*

JLV: Sin lugar a dudas. ¿Recuerdas cuando la gran diversión era irse a caminar por la Ponce de León a mirar las vitrinas? Se podía estar hasta las once o las doce caminando por allí. Otra gran diversión era ir al cine. Hay testimonios literarios de ese tiempo: los de Magali, por ejemplo, o los de Ana Lydia; también Martorell. Los cangrejeros, los santurcinos, compartimos una misma nostalgia.

CDH: *¿Qué poetas te son afines?*

JLV: Para formarme leí a Juan Ramón Jiménez, a Bécquer, a Neruda y, por supuesto, a Vallejo. Luego descubrí a Nicanor Parra. A Luis Cernuda lo admiro mucho pero lo he leído tardíamente. Me interesa por la sintaxis. Con él se aprende a poder escribir cuatro o cinco versos que son una sola oración y funcionan bien desde el punto de vista rítmico y gramatical.

CDH: *Has tenido a tu cargo talleres de poesía ¿qué función cumplen?*

JLV: Estoy convencido de que se puede hacer muy poco. El taller de poesía tiene la ventaja de que quien participa en él encuentra un núcleo de personas afines. Propiciar ese núcleo es algo positivo del taller. Por otra parte, creo que no ayuda mucho a los poetas, por lo menos en mi experiencia. La gente que escribe suele ser muy tenaz respecto al estilo, a sus preferencias. En materia de poesía, la gente es tan tenaz que es capaz de decir que otra forma de hacer poesía no es poesía. Sin embargo, hay países como México, con una larga tradición de talleres poéticos. El estado les paga a los poetas y los poetas pueden vivir porque les encargan talleres de poesía.

CDH: *El estado mexicano aún beca a los escritores, existen becas para jóvenes que les permiten desarrollarse.*

JLV: Añade a eso las comisiones para dar talleres, las colecciones de las editoriales que publican a los jóvenes: todo eso hace que la poesía mexicana sea mucho más profesional que la puertorriqueña. Quizás es también un poco más aburrida que la nuestra. Aquí hay mucho poeta silvestre y hay mucho poeta intenso que no tiene la actitud profesional del poeta mexicano. Pero tal vez en nuestra poesía uno se encuentre con una que otra sorpresa que no encontrará en la poesía mexicana, que es más monótona. Allí la voz es más compartida por los poetas porque hay una dimensión más profesional del oficio.

CDH: *Hablas mucho de tu padre en el poemario Tiempo de bolero. Era, al parecer, muy dado a la música. Me interesa porque de alguna manera eso tiene que ver con la poesía.*

JLV: La verdadera vocación de mi padre era componer boleros. Era un excelente compositor de música popular, aunque ha permanecido inédito. Lo que pasa es que nunca le gustó lo de la farándula y no quería meterse en esos ambientes. El mundo de la música tiene zonas oscuras y él era un hombre muy recto: no encajaba allí.

CDH: *¿Tienes esos boleros?*

JLV: Sí los tengo; algunos los tengo sobre todo en la memoria. Otros los hizo él copiar en música; tengo las partituras. Se preocupó de transcribir algunos, como siete u ocho composiciones, verdaderos logros.

CDH: *¿Componía letra y música?*

JLV: Sí, la letra y la música. Era guitarrista espontáneo. Yo los tengo en la memoria porque me crié escuchando esos boleros.

CDH: *¿Llegó a grabarlos o a cantarlos en público?*

JLV: Danny Rivera le dedicó un programa a mi papá. Él tenía un *show* en la televisión y en el programa inicial le dedicó una sección a mi padre. Nos entrevistó a todos; Papi cantó acompañándose a la guitarra. Luego Danny cantó una danza de Papi y cuando él la escuchó por televisión nos dijo 'Me la cambió, me cambió parte'.

CDH: *¿Cómo se llamaba tu padre?*

JLV: José Vega. Era fundamentalmente un poeta, un poeta popular. Siempre he pensado que el que lo hereda no lo hurta. Su gran frustración fue que él pensaba que yo sería músico y que quizás podría difundir sus composiciones. Pero después de 10 ó 12 años en que estuvo intentando que yo aprendiera a tocar la guitarra y no tuvo éxito, se convenció de que yo no sería nunca guitarrista.

La familia de mi padre era musical: uno tocaba el cuatro, otro la guitarra. Pero a mí el ritmo me vino por otro lado, por la zona lingüística. Yo siempre he pensado que mi padre fue una influencia importante en mi vida, en mi vocación poética.

CDH: *El bolero es una forma de hacer poesía en Latinoamérica. Pero es una poesía que conecta directamente con un público.*

JLV: Él estaba en la onda de Pedro Flores y Rafael Hernández. Cuando escribí "En tiempo de bolero" me refería a mi padre. Después descubrí que los boleros se habían puesto de moda y que Gustavo Cobo Borda había escrito un libro que se llamaba "En el altar del bolero". Pero lo descubrí después de pensar y publicar ese poemario: obedeció más bien a una experiencia biográfica y no a una moda.

CDH: *¿En qué escuelas te educaste?*

JLV: Fui a la Labra, a la Cordero y a la Escuela Superior Central. Allí se celebraban los famosos juegos florales, se elegía una reina, se otorgaban premios, se invitaba a un escritor prominente a hablarle al estudiantado en el anfiteatro de la escuela.

CDH: *¿Te acuerdas de alguno?*

JLV: Ernesto Juan Fonfrías. Una vez me dieron una mención honorífica en los juegos florales y el escritor invitado era Fonfrías. Yo veía a aquel señor vestido de dril blanco, ceceando, y a mí me parecía eso tan importante. Él era muy elegante y yo decía para mis adentros, 'que señor tan culto y tan elegante'. Fonfrías publicó una revista, *Prensa literaria*, una revista ambiciosa, la última gran revista en el sentido de que era un suplemento cultural a la manera de *La Revista de las Antillas*. Yo le llevé un escrito en prosa donde describía las azoteas del viejo San Juan y lo publicaron con una ilustración. Fue una gran emoción para mí.

CDH: *¿Fue lo primero que publicaste?*

JLV: Creo que lo primero que publiqué fue un cuento en el periódico *El Imparcial*. Me presenté por allí —eran cosas que uno hacía de muchacho— fui a la redacción. Me entrevistó alguien que no sé quién era y a los dos días apareció el cuento publicado. Entonces yo quería ser periodista. Tenía una imagen romántica del periodismo. Cuando *El Imparcial* estaba en Puerta de Tierra y *El Mundo* en el Viejo San Juan, yo husmeaba por allí, olía las prensas. Me gustaban esos periódicos de linotipo, de prensas alborotosas, de periodistas desgarbados, de escritores viejos.

CDH: *Cuando te graduaste de escuela superior, ¿fuiste a la Universidad de Puerto Rico?*

JLV: Hice un bachillerato en ciencias sociales. Ya yo escribía poesía; publiqué *El comienzo del canto* en el 1967, cuando estaba estudiando el bachillerato. Cuando terminé esos estudios, me di cuenta de que no había aprendido nada en cuatro años y empecé a estudiar una maestría en filosofía. Mientras tanto, tomaba cursos de literatura porque me interesaban. Pero no hice nada al respecto hasta que alguien me hizo la observación de que ya tenía prácticamente una maestría en Estudios Hispánicos y lo que me hacía falta era pedir ingreso y escribir la tesis.

CDH: *Tu tesis de maestría, un estudio del poemario Trilce, de César Vallejo, se publicó en la Editorial de la UPR. ¿De qué escribiste para el doctorado?*

JLV: Hice un estudio de la poesía de Oliverio Girondo. Fue una lectura

carnavalesca aplicando a Bakhtin. Luego Bakhtin se puso de moda y por eso no lo quise publicar: todo el mundo iba a decir que era un epígono, cuando era todo lo contrario. Todavía no se han aplicado las teorías de Bakhtin a los textos poéticos.

CDH: *¿Qué papel cumplió la Universidad en tu vida de escritor?*

JLV: Me dio una atmósfera. En la Universidad de aquellos años conocí a un profesor muy importante para mí, Charlie Rosario. Una vez, al terminar la clase, me dijo: 'usted quédese, que quiero hablar con usted. ¿De dónde se saca esas cosas que dice? Vaya a verme a mi oficina, que queda en tal sitio'. Cuando lo fui a ver, me di cuenta de que en la puerta decía 'Programa de Estudios de Honor'. Resulta que él era el director. Quería que yo ingresara al programa. Ya yo estaba en tercer año de bachillerato, pero me abrió las puertas de ese programa en una época en que estaban en él Edgardo Rodríguez Juliá, Chuco Quintero, Tito Tió y dos o tres más. Había una serie de estudiantes que se aglutinaban en torno de Charlie Rosario. Él tenía una especie de actitud socrática en su trato con los estudiantes y con la docencia. Para mí fue muy importante, sobre todo el contacto con él. De alguna manera empecé a intuir que ser profesor universitario podía ser interesante. Fue un modelo. Era un hombre crítico, reflexivo, con una cierta inclinación filosófica.

CDH: *Las instituciones cumplen un papel importante en la cultura, ¿no crees? Le dan continuidad a los esfuerzos individuales. Sin embargo, perdieron prestigio y fuerza modélica en los sesenta y los setenta.*

JLV: Los años sesenta, que fueron anti-sistema, anti-institucionales, erosionaron muchas cosas. En aquel momento eso fue positivo. Pero estoy convencido de que hay que empezar a reconstruir un tejido de coherencia social y en este proceso las instituciones, las ceremonias, los símbolos, son importantes. Sobre todo cuando son vivos y pertinentes.

CDH: *Ahora eres director de una de las instituciones más prestigiosas, la Academia Puertorriqueña de la Lengua.*

JLV: Estoy muy contento porque creo que la Academia, por su naturaleza, debe ser una institución importante, dado el particular contexto geopolítico puertorriqueño. Debe ser una institución pertinente para reflexionar sobre la lengua española desde perspectivas contemporáneas, sobre la producción cultural en esta lengua desde el contexto del Puerto Rico moderno. La capacidad que tiene la Academia para aglutinar a intelectuales y a escritores, a profesionales que han alcanzado un cierto nivel de madurez en sus respectivos campos, la hace una institución bien dotada desde el punto de vista intelectual. Pero tiene que ser una institución moderna. Hay que alejarse del prejuicio decimonónico



de la Academia como un círculo exclusivo de unos señores encopetados y apartados del resto de la gente.

CDH: *La Academia está cumpliendo también una labor de edición de textos clásicos de nuestra literatura ¿no es cierto?*

JLV: Tenemos una Comisión de Estudios Literarios. Uno de los fines es preparar una serie de ediciones críticas de textos puertorriqueños con rigor filológico. Queremos que sean ediciones modélicas. Tenemos bastante adelantada la edición de *El jíbaro* de Manuel Alonso. Estamos trabajando en ella Eduardo Forastieri y yo. Es interesante porque estamos usando un programa de computadora para ediciones críticas.

El trabajo es difícil porque hay que encontrar todas las versiones, hacer la lectura comparada y fijar la recta lectura de acuerdo a los criterios que se establezcan. La Academia misma publicará las ediciones críticas que se hagan.

CDH: *¿Qué otro libro tienes en mente?*

JLV: Me doy cuenta que los libros se van haciendo solos. Me parece que se están formando dos libros de ensayos. Uno es sobre poetas puertorriqueños: Palés, Chevremont, De Diego Padró, Clemente Soto Vélez. Será sobre la poesía moderna en Puerto Rico. Y también he estado trabajando en un estudio sobre la cultura ocultista de finales del siglo XIX hasta la década del 20 o del 30 del siglo siguiente. Me interesa cómo incide sobre la producción intelectual —sobre todo la poética— de esos años. He descubierto muchas cosas interesantes en poetas como Luis Palés Matos y Vallejo. Son parte de ese proceso de lectura arqueológica de la que hablábamos al mencionar las ediciones críticas de la Academia. Hasta que uno no descubre los contextos operando en un momento determinado, hay zonas de los libros que no se iluminan.

CDH: *¿Qué visión tienes de tu cargo actual como Decano de Humanidades?*

JLV: Estoy convencido de que las humanidades y las artes liberales tienen en este momento un rol social muy importante. Es lo mismo que ocurre con las instituciones. De alguna manera ha habido un esfuerzo muy grande en torno a las ciencias naturales y la tecnología. Los desarrollos son muy impresionantes, pero se requiere ya de una reflexión ética y filosófica y humana sobre esos procesos. Son las disciplinas humanísticas las llamadas a realizar esa misión. Es importante que la Universidad reconozca la pertinencia de las disciplinas humanísticas en este mundo y en este momento social.

*Carmen Dolores Hernández  
San Juan, Puerto Rico*

## LAS TESIS DE LITERATURA PUERTORRIQUEÑA DEL DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS HISPÁNICOS DEL RECINTO DE RÍO PIEDRAS

El Departamento de Estudios Hispánicos se fundó en el 1927 y en el 1929 se presentó la primera tesis de grado: la tesis de Maestría de la destacadísima educadora puertorriqueña Carmen Gómez Tejera titulada "*La novela en Puerto Rico*". Nuestro Departamento fue el primero en ofrecer estudios posgraduados en la Universidad de Puerto Rico y ésta fue la primera tesis, el primer trabajo de investigación para obtener una Maestría, que se presentó. Es significativo que sea, precisamente, sobre un aspecto de la literatura puertorriqueña. En efecto, de las más de quinientas tesis presentadas en el Departamento, a esta tesis le seguirán, hasta el 1999, ciento cincuenta y una tesis de Maestría y veinticuatro de Doctorado dedicadas al estudio de algún aspecto de nuestra literatura nacional. No hay duda de que todos estos trabajos, muchos de ellos publicados, muchos de ellos obras fundamentales, junto a los innumerables artículos y libros sobre literatura puertorriqueña publicados por nuestros profesores e investigadores a través del tiempo, hacen del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, el principal y más antiguo centro de investigación de la literatura nacional en el mundo.

Siguiendo la trayectoria de estas ciento setenta y cinco tesis a través del tiempo podemos tener una idea bastante clara de la evolución de los estudios literarios en Puerto Rico. Los primeros trabajos son pioneros, desbrozan el terreno casi virgen de los estudios sistemáticos de nuestra producción literaria. En ellos la investigación bibliográfica es fundamental, así como la tendencia a la erudición y a la descripción. Predominan los temas amplios, abarcadores, y la atención a las grandes figuras ya consagradas. Así, por ejemplo, además de la tesis de Gómez Tejera que ya hemos citado, se encuentran las siguientes, todas escritas durante la década del treinta: *El teatro en Puerto Rico* (1930) de la destacadísima educadora Antonia Sáez, *La poesía en Puerto Rico* (1935) de Cesáreo Rosa Nieves, *La mujer en la literatura puertorriqueña* (1932) de Monserrate Santana Maíz, *El jíbaro en la literatura puertorriqueña* (1936) de Ana Margarita Silva, *La vida y los tiempos de Manuel Fernández Juncos* (1932) de Pedro Conde y *Alejandro Tapia y Rivera: su vida y su obra* (1933) de Manuel García Díaz.

El plan maestro parece muy claro: estudiar primero los grandes temas, los principales géneros y los autores más destacados y representativos. En el caso de las tesis dedicadas a un autor, se privilegian los contextos históricos, biográficos y literarios, así como el análisis temático, aunque siempre se incluyen